

Carroñero Malcriado

Lady Jesenia Silva Castro

CAT Ibagué – Semestre X
Lic. Lengua Castellana

Cierta pareja de aves carroñeros recién casados, vivían en una cueva donde transcurrían sus días en espera de un cuerpo en descomposición para deleitar su paladar. La hembra carroñera calentaba sus huevecillos con mucho amor, ternura y delicadeza, ya que como pareja anhelaban nuevos seres que reflejaran el grandioso amor que había entre los dos.

Pero con lo que no contaban era que se avecinaba una fuerte tormenta que amenazaba con derribar los más fuertes arboles del bosque. En medio de la penumbra un fuerte estruendo estremeció su nido, el peñasco donde tenían su hogar se derribó por completo, durante unas horas ninguno de los dos supo lo que realmente había sucedido.

Al amanecer el macho carroñero despertó y pudo deslumbrar la magnitud de la tragedia, logró ver entre el desastre a su compañera golpeada y extendida sobre los restos que hasta ayer fueran los huevecillos que cuidaba con tanto sacrificio; él solo pudo exclamar un fuerte sonido de dolor ante la situación que evidenciaban sus ojos, luego corrió sobre su amada aparentemente muerta, pero observó que estaba aún con vida, aunque su dolor de madre no le permitía ni moverse, porque no era capaz de afrontar la realidad en la que estaba inmersa.

Luego del nefasto evento las dos aves se levantaron mirándose firmemente con la convicción de que su amor podría sacarlos de cualquier dificultad por más dolorosa que fuese, pero justo en ese momento pudieron darse cuenta que sobre todo ese desastre había una luz de esperanza; vieron un huevo, el único sobreviviente de sus hijitos, su motivación para salir adelante. Cons-

truyeron un nuevo hogar, donde reino la paz, el amor y la armonía, y donde cuidaron día y noche el tesoro más valioso que tenían, el fruto de su amor, su hijo.

Llegó el día que tanto esperaron, por fin el huevo empezó a agrietarse, dando señales de que algo grandioso estaba por suceder, dentro de esas cascaras apareció el ser más maravilloso, inocente, tierno y angelical que jamás nadie hubiese visto, según la concepción de sus padres. Desde entonces esta pareja decidió consagrarse a la crianza de su hijo ya que lo consideraron como un regalo divino. Pasaba el tiempo y mientras el padre se dedicaba a buscar las más exquisitas comidas para su hijo, la madre no descansaba ni un momento vigilando su cueva, alerta ante la presencia de cualquier ser o alguna ave de rapiña que pudiese afectar la tranquilidad de su bebe recién nacido.

Así transcurrieron los días, los meses y los años. De aquella avecita lampiña recién salida del cascaron, no quedaba nada, pues pronto se había convertido en un ave carroñera, de garras largas, pico fuerte y afilado, su plumaje era extraordinariamente brillante igual que lo eran sus grandes ojos negros. Ya estaba en todas las condiciones para salir de casa a buscar su propio alimento, pero por los cuidados extremos y sobreprotectores de sus padres no se sentía en condiciones de alejarse ni un poco del peñasco donde estaba su hogar. A pesar del cansancio que mostraba su padre cada atardecer cuando llegaba con la alimentación diaria, a este muchacho nada le importaba, cada día se mostraba más inconforme con las cenas que le llevaban y nada de lo que probaba satisfacía sus gustos.

Al ver las pretensiones de su hijo, el padre se esforzaba más con la intención de llevarle un bocado que cumpliera con las exigencias y que llenara todas las expectativas que este pretendía, así pensó que como a su hijo no le gustaba la comida corriente que por lo general era carne de ganado de dos días de descomposición, optó por llevarle un trozo de carne fresca de ternero, pero al probarla la escupió de inmediato, señalando que la carne fresca era lo más asqueroso que habría

de probar en toda su vida. Al ver lo sucedido, el padre se sintió culpable y decidió esperar tres días para llevarle un nuevo trozo, que también el malcriado carroñero despreció, y luego de probarlo apartó de su vista arrojándolo de sus garras.

El desconsiderado hijo se quejaba constantemente de su mala suerte y las necesidades que debía soportar debido a la negligencia e ineptitud de sus progenitores. La madre estaba tan afectada por esta situación, así que decidió salir en compañía de su esposo a volar por toda la región en busca de un banquete que de verdad cumpliera las expectativas de su hijo. Así pasaron días enteros bajo el sol y el agua, llegando hasta los lugares más apartados en busca de las carnes más descompuestas y diferentes podredumbres con los olores más desagradables al olfato humano.

En los interminables intentos por satisfacer los caprichos de este joven carroñero, sus padres le llevaron cualquier tipo de comida en grandes cantidades, carne descompuesta de perros, gatos, ratones, pollos, vacas, caballos, burros, animales silvestres, humanos, basura, y demás putrefacciones inimaginables, cualquier carroñero en su lugar desearía estos manjares ya que por su exquisitez hacían parte de un menú especial.

El inconsciente muchacho insinuó a sus padres que la única carne que no había probado era la carne de su misma especie, y que muy probablemente ese era el sabor que él tanto anhelaba. Su madre desesperada pensó que su mayor tesoro en la vida era su retoño, que desde su nacimiento prometió hacer todo lo que estuviera a su disposición para complacerlo y más aun sabiendo que de eso dependía su salud, ya que durante muchos días solo se había alimentado de muy pocos bocados.

Fue así entonces que la débil madre invitó a su compañero de vida para que hicieran un largo viaje a los riscos más lejanos y solitarios del bosque con la supuesta esperanza de encontrar algo que realmente alegrara y alimentara a su hermo-

so hijo, y al llegar a un lugar totalmente apartado, golpeó fuerte a su compañero dejándolo sin sentido; se abalanzó sobre él con mucha avidez y picoteó sobre su pecho hasta dejarlo sin vida. Luego de consumir su siniestro plan, se puso firme con el pico ensangrentado, pero con la mirada más segura que nunca, convencida que lo que acababa de hacer era el mayor sacrificio que una madre puede hacer por amor a su hijo. Después de esto esperó una semana la descomposición de aquel cuerpo para llevarle tal deleite a su hijo. Pero este al probar el bocado lo único que expresó fue: “pensado mejor las cosas, lo que realmente me gusta es el excremento”.

